

¿Cuándo se dio cuenta? La primera vez que lloré. Las lágrimas brotaron de la mitad del rostro, allí se estremeció algo ¿Y el miedo a la luz? Después, al frecuentar la noche y su alivio ¿Alguien lo notó? Ellos estaban ocupados ¿Qué hacía en las mañanas? Me escondía en las ruinas del palomar, sobre la azotea ¿Y el temor a las alturas? Nunca lo tuve.

Registro los sitios que engañan la memoria, el aula bajo la cama, su olor a viejo. Voy junto a mis padres y no están, los muebles de blanco, los adornos cosidos, visito el mismo río y no me baño. Encuentro un espejo, abierto, y mi pesadilla disecada, fragmentos de los que ya no hablo. Lo más importante es que se concentre y no piense en nada más. Relaje su cuerpo, pero no se lo ordene, que cada acto surja de la inconsciencia. Sólo dígame qué imágenes le asaltan. Hay un gato, cabizbajo, pero su rostro no es el de un gato. Hay una flor y una mano cercenada junto a ella, sosteniendo el pétalo que le falta. Está esa mujer, la de siempre, la que me persigue y me espera, también el mar donde se pierde su mirada. Una hermana gris, una lengua nueva, un profesor al que nadie enseña, un pedazo de cuerpo donde esperar mientras llega el resto. ¿Qué significa? Debo salvarme ¿De quién? De ustedes, los que ignoran la verdad ¿Cuál verdad? Es un dibujo que no he terminado.

La luz invade las pupilas y son rostros de ciudad. El portal de una casa, un cartel pegado con esparadrapo, anuncia plantas mágicas, no hay números. Golpeo la puerta, la llave está guardada en una caja en el suelo, la caja se abre con otra llave que está dentro de la casa. Una mujer se asoma, me presta una ventana. Me marchó sin despedirme, el olor a bosque hace estornudar, casi despierto. Otros sonidos emergen, demora la primera

mordida. Un desagradable sabor me transita, después se rezagan los tobillos, me retuerzo, aprieto los puños y pateo los bordes. Alguien desde atrás me abraza y susurra en mis oídos, hay otro infinito dentro de éste.

La desviación psicógena se inicia con manifestaciones poco trascendentes, que luego se vuelven peligrosas para usted y aquellos que le rodean. Nadie me rodea. Su problema no es de índole física, es una sensibilidad patológica que en vez de controlar, ha estimulado. Si lograra dominarla podría usarla en su beneficio, pero de nada vale si le prohíbe la convivencia con sus semejantes. No hay semejantes. Pues necesitará medicamentos más fuertes.

Los gusanos se deslizan ajenos a mi presencia. Forman una capa irregular de líneas blancas. En su justo medio el ojo abierto del cadáver, las hojas vacías. Lanzo una cerilla al centro del dibujo, la carne chamuscada me golpea, me alejo unos pasos y caigo entre las ramas. Escucho gritos, el cremar de pelos y venas, como si me gritaran a mí. El humo negro se cuele y vomito hasta que duele el abdomen. Mi padre regresa entrada la noche, descubre las marcas y la camisa en el sótano. Mi aliento es cortado y la piel distinta, envejecida muchos años.

Tengo miedo, doctor. Estos fármacos le ayudarán. No, doctor, necesito un abrazo. Abráceme, estoy temblando. ¡Mantenga la distancia, paciente! Discúlpeme, discúlpeme, es que... hoy cumpla cien años más. Seguiremos el tratamiento y verá cómo todo irá bien. Muchas gracias, y también déjeme llevar esta foto. Es una foto de mi hija, ¿para qué la quiere? Ayer me encontré con ella en el fondo de una zanja. Estaba muerta y la sostenía, le acariciaba los muslos, ahora que recuerdo, olía a usted.

En el cuarto hallé una regla, escondida bajo el colchón. Con ella medían los nombres y los precios. Éste tiene demasiados dientes, muy fino el dedo gordo. Silbé canciones hasta ampollar la lengua. Día tras día rascando los ojos demoró en regresar la claridad. Llené el aire de apuntes, y se gastó la madera de tanto golpe. La ropa se fue escurriendo y empezó a lastimar con sólo rozarla, dolía la barba, los codos, la nariz apeataba. Y nadie más, la piedra desnuda en invierno. Por eso una mañana escondí la regla, crucé de cuerpo, y decidí partir.

El tratamiento le ha ayudado visiblemente. Gracias a usted, doctor, ha sido una suerte contar con su ayuda. Es cierto, los medicamentos demoraron en hacer efecto, pero al final ha dado usted grandes saltos hasta su total recuperación. Doctor, ya estoy listo para retornar, no volveré a perderme.

Otra vez veo el mar, hay una casa y ella sonrío en el balcón. Un niño pellizca su almohada y limpia las lágrimas de una muñeca verde. Veo al doctor fornicar en la mesa con una mueca en su rostro. Un dedo cosido y del otro lado mi camisa limpia. Veo una iglesia muy alta, yo bailo junto a la cruz en su techo. Un libro abierto y una regla insana. Reconozco sombras en el bosque, vienen a pedirme una llave que no recuerdo dónde puse. Un número inicia mi canción. Veo un pasillo entre los párpados y la libertad. Hay una casa y ella sonrío en el balcón. Y también hay un gato mirándome, un gato con rostro de anciano, que ríe con sarcasmo, y hasta tose de tanta risa, y se está riendo de ti.